

El Tío Justo

Francisco Beverido Pereau

Trabajábamos en el rescate del monumento 55, allá por el extremo sureste del sitio; era a mediados de marzo, una mañana especialmente calurosa en que la tarea se hacía desesperante cuando, hacia el oriente, fuera del sitio arqueológico, pero bien cerca, se escuchó un disparo que identifiqué como de calibre 22, y no porque sea muy conocedor de armas, sino porque es el que siempre he manejado (en aquel entonces tenía en el campamento un Winchester automático de ese calibre).

Pregunté sin dirigirme a nadie en particular: ¿Y eso... quién andará echando bala tan cerca?

—Ha de ser el tío Justo que anda por ahí buscando... a ver que encuentra, —me contestó alguno de los trabajadores— como él dice.

—¿Y por qué crees que sea él? —insistí.

—Porque el tío anda solo, con su perro nomás; sale de madrugada del rancho y no hace ruido al andar, y así sorprende a los animales; les tira con una pistola 22 y pega muy bien... —me soltó de un hilo Nicolás, como es él, sin dejar de trabajar ni levantar la cabeza.

Esto despertó mi curiosidad y fui a ver de quién se trataba, a poco andar me topé de buenas a primeras con un individuo más bien bajo, seco, enjuto, que llevaba un mapache en la mano izquierda, no le vi ninguna arma. Lo seguía un perrillo negro, sin casta, que me miraba desconfiado y extrañamente silencioso.

—¿Qué mató, tío? —le dije, acordándome del tratamiento; pero sin recordar el nombre.

—Pues mire —me respondió tendiéndome el animal muerto— un mapache.

Me llamó la atención más él mismo que la presa cobrada. Si era flaco, pero se veía vigoroso; tenía unos ojillos de mirar penetrante, no podría precisar de que

color eran, claros sí, pero no sé si verdes o cafés, o qué. Su edad... quizás andaba en los cincuentas, pero gentes así engañan mucho. Su voz me impresionó, era delgada, un poco tipluda, y su hablar tranquilo, sereno.

Tomé el animal y pude apreciar el agujero del impacto en la frente, entre ceja y ceja.

—¡Híjole, que tirazo...! —exclamé sin poderme contener.

Y él tranquilo: ¡No, lo jerré!

—¿Cómo...?!

—Sí, quería meterle la bala por un ojo pa no lastimar la pielecita, y ya ve...

—¿Y con qué le tiró...? —se me ocurrió preguntar.

—Con ésta... —al tiempo que sacaba de entre la camisa un revólver, efectivamente 22 con cañón de seis pulgadas.

—Carambas...! pues no me gustaría tenerle de enemigo —repliqué— y por qué tira con esa pistolita?

—Pos es positiva, ya ve, ligera y sencilla... y los tiros cuestan baratos —me fue explicando con ese hablar suave que tenía—... tengo también una escopeta, pero casi no me gusta...

Así veníamos, caminando hacia el lugar donde yo debiera estar trabajando, y para despedirlo le dije:

—Tío, si mañana viene por aquí, le traigo una cajita de cartuchos para su pistola...

—¿De veras...? —contestó— y yo le traigo un bocado del adobo que voy a hacer... ¡Vámonos Pijul...!

Volvíamos del trabajo en una tarde esplendorosa, "Panchito López", el alazán que me rentaba Donaciano para ir y venir, casi se dormía caminando y yo lo dejaba hacer, no tenía ninguna prisa y verdaderamente venía disfrutando del paseo.



Ibamos a llegar a la tranca del potrero de la escuela, al comenzar la bajada de la loma, cuando de repente la bestia da un sacón a un lado del camino que poco faltó para que me tirara; se quedó parado, con las orejitas levantadas y temblando todo él, miraba fijamente camino adelante. Espantado yo también y apenas recuperándome de la sorpresa, busco a ver qué es lo que lo ha puesto así y sólo veo a un chiquillo como de doce años, montado en una bicicleta; al pasar a nuestro lado pude apreciar la sonrisa maliciosa que llevaba y sin poderme contener, le espeté: ¡Muchacho cabrón...!

Estos dos incidentes ocurrieron en el año del 69, cuando trabajaba en un proyecto arqueológico en "Teno" (San Lorenzo Tenochtitlan) como dicen allá, a orillas del río Coatzacoalcos. Entonces no les di ninguna importancia, hasta creí haberlos olvidado, pero en el 80, también por marzo, cuando volví por allá con dos amigos a quienes tenía interés en mostrarles los lugares precisos de nuestros hallazgos, cobraron importancia al quedar relacionados con otro sucedido de que me vine a enterar entonces.

Había buscado a Félix y a Agustín para que nos acompañaran, andábamos buscando el "Altar de los Chaneques" que quedó abandonado en una cañada al sur del sitio.

Creo que fue el paisaje que me lo hizo recordar, y pregunté:

—Oye Félix... ¿Qué fue del viejito aquel tan simpático y buen tirador? ¿Cómo se llama... o se llamaba?... déjame acordarme... tío... tío Justino... ¿No es así?

—Sí, bueno, pero no —respondió aquél— se llamaba Justino Albor y nosotros le decíamos Tío Justo... ya sabe usted, aquí a las personas de edad que son buenas gentes, que merecen respeto pues, les llamamos tíos...

—Lo sé Félix, pero ¿Por qué Justo?... a mí me parece más cariñoso, más reverencial el Justino...

—Pos no sé, será por chiquito...

—¿Quién, el tío...?

—No el Justo, es más chico que el otro...

—Bueno ¿y que fue de él?

—Murió...

—Sí, murió hace como dos años, y mal... —intervino Agustín.

—A ver, cuéntame ¿cómo es posible?

—Pues veré, ¿Recuerda al chiquillo que le espantó con la bicicleta al “Pancho”...?

—Sí, pero esa historia ya se las conté a mis amigos... ¿Qué relación puede tener él con tío Justo?

—Pues que era su hijo —continúa Félix— su hijo Prudencio Albor, que conforme creció siguió dando más guerra. Aunque vivían en su rancho, allá abajo, adelante de don Pancho Peredo, más allá del ojochi, y el viejo casi nunca se llegaba al pueblo, el muchacho cada que podía se venía a tomar... era maloso de por sí, por eso fue que le



espantó el animal, lo hacía adrede, sabía que nuestras bestias no están impuestas a las máquinas y les salía de repente... y eso siendo chamaco... sería porque se crio solo, pues no tenía madre, parece que ella murió cuando lo echó al mundo. Un día se agarró con “el Chino”, el carnicero, y tal vez reconociendo con quién se enfrentaba, se le pordelanteó y le aventó una puñalada al corazón, pero aquél, menos borracho, vio venir el golpe y metió el brazo que casi se lo desgobierna y ahí acabó el pleito... bueno, así parecía, porque Prudencio dijo a huir y el Chino González nomás atendía a tapar los chorros de sangre que le brotaban de la herida.

—¿Y dónde entra tío Justo? —pregunté yo.

—Hoy veré... Prudencio se fue p'al rancho y no queriendo, tuvo que decirle al padre lo que había hecho... y como ya ve que el tío era de poco hablar, nomás le dijo que se estuviera sosiego ahí hasta que él volviera... Por la madrugada se fue por tierra a Texistepec y denunció los hechos y que tenía al hijo allá en el jacal, que fueran por él...

—Pero esto que hizo —interviene otra vez Agustín— no lo hizo por justo sino por prudente, bien sabía qué clase de enemigo se había echado el Prudencio... que más le valía estar en la cárcel.

—Así es la cosa... —retoma la palabra Félix— el Chino González dijo una vez que lo fueron a ver unos amigos: ‘¿Adónde ha de ir que no lo alcance?’ y nada más... Esperó. Pasó el tiempo, como tres años creo, tío Justo se atareó más para poder con los gastos que le ocasionaba el muchacho y con los regalitos a las autoridades y las ayudas a la familia del carnicero, hasta que salió Prudencio de la cárcel y lo colocó de velador en la azufrera de Jáltipan.

—Pero todo se sabe y un día “Chino” juntó sus “chivas” y que es que se iba a Mina a poner allá una carnicería... El viejo Tío Justo no se movió, pero en la misma lancha que bajaba el carnicero, se fue un peón de las confianzas del viejo, con el conque de que iba a traer medicina para la vieja que se le había puesto mala, se bajó en La Lajilla, y cuidando que no lo siguieran, rápido se fue a buscar al Prudencio a Jáltipan, a las señas que le había dado el tío... Lo halló ya durmiendo y lo tuvo que despertar a jalones... ‘Dice Tío Justo que te vayas rápido p'al rancho, que te necesita allá... que te manda estos

centavos por si se te ofrece algo... que te vayas por tierra, por Oluta... Yo me voy a Mina para subir hoy mismo en la lancha... Notó al muchacho, bueno, ahora ya un hombre, medio raro, hosco... que casi no le habló, no preguntó nada; pensó que porque lo había tenido que zarandear para despertarlo... y se fue.

Prudencio se vino enseguida, pero no entró a Teno, bordeando se fue directo al rancho, pero usted sabe, siempre hay alguien que lo mira a uno. Venía armado, la pistola bajo las faldas de fuera de la camisa, pero dejando ver que la traía. Allá se estuvo en el rancho ayudando al viejo, nunca bajaba al pueblo y cuando alguien pasaba a ver al tío Justo, él se desaparecía.

—Y dicen que a veces lo vieron por los potreros —otra vez Agustín— hablando solo, haciendo ademanes como si tratara con otra gente... pa mí que le entraba a la yerba, con eso se entretenía.

—Cierto —sigue Félix— el tío también venía menos al pueblo, yo creo que pa no tener que dar explicaciones... y en últimas cuentas... el muchacho se estaba portando bien, y aquéllos lo habían dejado estar. Pero un día... cómo me acuerdo... en aquel entonces yo era el justicia... estaba en la tienda de los Domínguez y lo vi llegar, no sé por qué pensé enseguida que iba a haber lío, venía sereno, bueno... eso parecía, y armado, eso sí, seguro; apenas si me saludó como que no me reconocía, o tal vez no le gustó toparse pronto con el justicia... yo me hice el desentendido.

Pidió de tomar, yo me fui despacio pa enfrente y de ahí lo miraba. Conforme se tomó dos o tres copas la tienda se fue quedando vacía... entonces se fue, pensé que ya iba de retirada, pero no; **enfiló para casa de chico, ¿recuerda, don Paco? el del refrigerador de gas, allá en la loma...**

—Sí, lo saludé cuando veníamos entrando a Teno y le prometí que iríamos a verlo antes de irnos... y si mal no recuerdo, es primo del Chino...

—Andele, así es —otra vez Agustín— y también

—Déjame seguir —lo corta Félix— pues sí, cuando vi eso mandé a uno de mis chamacos a avisar al tío Justo, deseando que lo encontrara pronto y que ojalá, mientras venían, no se armara la bronca. Pidió tequila y cerveza, Chico hizo como que no lo reconocía, y le sirvió... enseguida pidió más y comenzó a echar habladas, solo pues, ...nadie quería estar con él... Chico le servía sin

hacer caso... y así estábamos. De repente, cuando me di cuenta Prudencio tenía la pistola metida en el cinto, pero encima de la camisa... en eso salió la mujer de Chico, mi prima Carmen y se quedó ahí en el mostrador, yo creo que para vigilar y ayudar al marido en caso dado, ¿no?... lo mismo que yo, pero para mí era más grande el problema, ¿me entiende?

—Pide más bebida Prudencio, y Chico, con mucho comedimiento, le dice que ya se le acabó, que lo siente mucho, pero que no le puede servir más. Claro que esto no le gustó nada a aquel... y yo pensando... ahora es cuando... cuando oigo el trote de una bestia... por el camino del campamento venía el tío Justo, en el machito aquel que tenía, muy caminador, ligero que venía... Nomás apéandose, se enfrenta al hijo y le dice: 'Vámonos Dencho que hay mucho que hacer...' ni lo desarmó, ni siquiera lo recriminó, y el otro, gustándole o no, sin responder nada, colgó los brazos y bajó la cabeza. Yo me había ido acercando cuando el tío volteó y me dijo: 'gracias Félix, ahora préstame la bestia que trae tu chiquillo, para llevarme a éste...' Chico y mi prima se habían metido dentro de la tienda. Ya lo subimos al rosillito y se fueron presto... el muchacho parecía que hablaba, pero no se oía lo que dijera... yo me tranquilicé pensando que, a Dios gracias, no había lío.

No había pasado una hora, tal vez nomás media, cuando se oyeron dos tiros por aquí, aquí pues, pero eso no espanta a nadie en estos rumbos, a cada rato salimos uno u otro, o varios, a buscar un venado, o lo que se pueda...

Me voy a la bodega de Perfecto, cuando veo venir casi corriendo, a Nicolás, que entonces tenía una milpa por aquí también tras él venían otros compas del pueblo... 'Tío Justo mató al Prudencio y se fue p'al rancho...' me dijo de repente, así nomás. —Pero ¿cómo? —le dije— si los acabo de despedir sosiegos... Estaba yo en la milpa, oí que venían unas bestias por el camino de Potrero Nuevo y dos voces que parecía que discutían y miré para ver de quién se trataba, enseguida los reconocí... casi por donde el ojochi grande oí que el tío nomás decía: No, no..., cuando vi que el Prudencio, sacando la pistola, decía: Pos voy a buscar al Chino pa acabar de una vez con esto, y ni tú me lo vas a impedir... Voltea el viejo que iba adelante, y cuando lo ve con el arma en la

mano, revuelve el macho y entonces el muchacho dispara y le da a la bestia... Conforme caía, el viejo saca la 22 y nomás dispara una vez, el muchacho quedó colgado de tu rosillo que lo arrastró un poco y luego lo soltó. Tío Justo forcejeaba para zafarse del macho, de repente se para y sin apreciar que yo estaba cerca, se va rápido pa su casa...

—Ahora sí tenía un problema grave, los compas venían a verme porque yo era quién debía detenerlo. Les dije que el viejo era bueno, que hizo lo que tenía que hacer, y no lo dije, pero pensé: y tira muy bien. No sabíamos cómo iba a responder.

—Pero sí fuimos —otra vez Agustín— fuimos yo, este Félix, Nicolás, Donaciano y creo que nadie más... Perfecto dijo que él no podía porque estaba cargando cedro en la lancha...

—Sí —sigue Félix— y al pasar por el campamento se nos juntó Nacho... Llegando al ojochi, en el camino, estaba tirado el macho y a un lado, la pistola 22 que recogí y revisé enseguida, nomás tenía quemado un cartucho... y pensé: ya nomás le queda la escopeta... A un lado del camino, como a diez metros rumbo pa la cañada quedó el Prudencio hecho un bulto, como un costal se veía, con la cabeza metida bajo el cuerpo, y mi rosillo más adelante, ya tranquilo, pastando...

—Volteamos al bulto aquel y sí, era el Prudencio, tenía un agujero en la mera frente y ¿que raro, no? le había salido poca sangre, o tal vez por la forma en que estaba,

se habría escurrido pa la tierra y casi no le había manchado la cara, pero de la boca si le escurría una baba...

—Lo acostamos en el suelo y le tapamos la cara con su misma camisa... tuve que andar buscando su arma, porque esa sí estaba perdida, al fin la hallé y también nomás un cartucho había quemado... los dejamos pa venir a recogerlos cuando viniéramos de vuelta y nos fuimos a buscar al tío... Estaba todo tranquilo en la casa, no se oía ningún ruido, hasta los animalitos se habían quedado quietos, la puerta estaba medio abierta y el "Pujul" ahí echado.

—Le dí una pistola a Nacho y la otra a ti, Agustín ¿verdad? y nos desparramamos, yo tenía el máuser del justicia y tenía que dar el frente, mis compas fueron rodeando la casa calladitos y yo caminando muy despacio y hablando fuerte: Tío... tío Justo... soy yo... Félix... y nada. Otra vez: Tío Justo... ¿dónde está?... ¿necesita ayuda?... Cuando me di cuenta ya estaba yo frente a la puerta, y pues de una vez, le di un empujón... el "Pujul" pegó un brinco pa atrás.

—Ahí estaba... medio caído en una silla y la escopeta tirada a un lado... el pecho lo tenía bañado en sangre. Les grité a los compañeros que vinieran a ayudarme, lo llevamos a su catre, con vida todavía... la camisa tenía, además de la sangre, la quemadura del fogonazo... se metió uno de venado del 12, pero ninguno de los balines le llegó al corazón... yo creo que porque dicen que de tan cerca, el tiro no puede agarrar toda su fuerza...

